

Perspectivas

Cuando se aprende superando al dolor

Director Mtro. Román Bueno

Todos quienes somos docentes tenemos mucho para contar. Solo que no se nos ocurre (o no nos alcanza el tiempo para) sentarnos a escribir sobre aquello que vivimos a diario.

Aún más, los que contamos canas (aunque no es patrimonio exclusivo de quienes somos dueños de tal condición) hemos sido protagonistas de algunos episodios dignos de no ser olvidados por el sistema.

A lo largo de los días (meses, años) en que un educador desarrolla su tarea va conociendo a sus estudiantes.

De manera accidental (o quizás no tanto) vamos descubriendo mucho más que "el envase" de los que aprenden con nosotros o a pesar de nosotros.

Conocemos sus ideales, sus expectativas, sus temores y sus miserias.

Reconocemos nuestros ideales, nuestras expectativas, nuestros temores y nuestras miserias. A continuación, se deslizan unas pocas historias (entre muchas que olvidé u olvidaré) de alumnos donde uno queda sorprendido de sus trayecto-

rias y extasiado por el misterio que encierra que, a pesar de todo y su mundo, todavía quieran seguir estudiando.

Entonces somos nosotros quienes tenemos que entender que, para enseñar, también tenemos que aprender a ver desde otra perspectiva.

LA CABEZA EN LIBERTAD

Miró el techo.
Hay varias manchas de humedad.
Creo que es tarde, pensó.
No tenía forma de saberlo.
Entra muy tenue la luz de la luna.

Silencio.

Se despierta.
De golpe, se sobresalta y le pega a la pared.
Una.
Dos.
Tres veces.
Se convence que es real.
Se duerme.

Silencio.

Sueña.

Se arrepiente por las monedas.

Sufre.

Preferiría estar muerto.

Pero quiere creer que duerme.

Mientras todo está en silencio.

Es duro tener la cabeza en libertad

Y el cuerpo preso.

SANDALIAS

Fabiana llegó.

Vino sin medias

y con unas sandalias color salmón

en un juego de contraste con su piel muy joven
y curtida.

La noche fría,

otra como tantas.

Su abrigo escaso

que traslucía su cuerpo delgado

llenito de inocencia.

La maestra la esperaba con una leche caliente,
como a los otros estudiantes.

Fabiana llegó.

Caminó unas cuarenta cuerdas

(cuarenta y dos para tener ajuste a la realidad)

y al fin cruzó el pesado portón de la entrada.

Cambiamos algunas palabras en el umbral del
hall de la escuela

donde contaba con gracia banalidades

(para ella)

y definiciones de tristeza

(para mí).

Fabiana llegó.

"Hoy se me hizo tarde. Disculpen".

Eso fue todo lo que dijo

justo antes de atravesar la puerta de su salón.

A veces pienso

(aunque sea en días como estos)

que muchos

llegamos tarde.

AÑOS

La cara iluminada

por la luz del foco

de la calle,

pero más por una sonrisa

que le ocupaba toda la cara.

Fue poco lo que pudo decir aquella mujer.

No importa demasiado ahora,

supongo.

"Nunca vi algo así..."

Su voz temblorosa

de duda, terror

y emoción.

"Es la primera vez que voy a un teatro."

Mientras tanto,

se acomoda el poco abrigo

para calmar la noche

y recorre momentos de la obra

acompañándolo todo con ojos que llevaban
asombro.

Se estremece hasta casi llorar.

"Tengo 53 años. Nunca pude esto. Siempre fui
pobre y me dediqué a mis hijos".

Las palabras apagaron mi miércoles allí mismo.

-Chau Mónica, le dije.

Mirando al suelo

como para esconderse de mí y de ella

solamente guardó silencio,

que es lo único

que le quedaba.

ANITA

El barro hoy

le ganó a la miseria.

Anita miró por la ventana

pero esta vez para cerciorarse de su pobreza;

una cosa de lo que era consciente

y le robaba el sueño.

Ahora está lloviendo,

igual que ayer

durante todo el día.

Anita fue hasta la pieza

esquivando cachivaches

de sus cinco hermanitos,

buscó medias secas
y se puso unas botas viejas.
Se guardó tres monedas en el bolsillo,
una banana medio aplastada
en la mochila,
una bolsa con algunos lápices
y el cuaderno.
La ciudad rota en el asentamiento donde vive
alega otra vez en la comprobación de su tristeza.
Esta mañana Anita llegó tarde a la estudiar.
Pero no dijo nada...